

ACERCA DE INTERVENCIÓN SOBRE LA TRANSFERENCIA, DE LACAN

Gonzalo Paredes Casada

Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica

Montevideo, Uruguay

Correo electrónico: pargonzalo@gmail.com

ORCID: 0000-0002-4890-1014

Para citar este artículo / To reference this article / Para citar este artigo

PAREDES CASADA, G. (2022). Acerca de *Intervención sobre la transferencia*, de Lacan. *Equinoccio. Revista de psicoterapia psicoanalítica*, 3(2), 115-129. DOI: doi.org/10.53693/ERPPA/3.2.7

Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)

Sobre el texto y su autor

En este número de *Equinoccio*, consideramos de interés ofrecer la visión de otro autor del campo psicoanalítico acerca de las condiciones que hacen al particular tránsito o pase por el cual alguien devendría psicoanalista, así como de un elemento que es consustancial a toda práctica pretendidamente psicoanalítica: la transferencia. El texto seleccionado para la relectura ha sido, entonces, *Intervención sobre la transferencia*, de Jacques Lacan, publicado por primera vez en 1966 como parte de los *Écrits* y que recoge las ideas vertidas por el autor en el congreso «De los psicoanalistas de lengua romance», de 1951.

Esa intervención contiene probablemente las primeras puntualizaciones de Lacan acerca de la transferencia. Allí, él relee críticamente el texto de Freud acerca del caso Dora. Lo hace con el estilo que caracterizó a sus relecturas de Freud: de forma rigurosa, aunque no exenta de provocación.

Al igual que en el número anterior de la revista, esta relectura no consiste en una reedición del texto original, sino en su comentario; sería, así, la relectura de una relectura. En ella su autor, Gonzalo Paredes Casada, nos conduce por un interesante recorrido a través de las ideas sobre las que pivotea Lacan y nos convoca al siempre saludable ejercicio —en todo compatible con el espíritu del autor y del texto que comenta— de interrogar la práctica.

Paredes Casada es licenciado en Psicología, egresado de la Escuela Universitaria de Psicología en 1987. Realizó su formación específica en psicoanálisis en diversos grupos de estudio y en la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica (AUDEPP) entre 2000 y 2003. Recibió el Diploma de Psicoterapia en Servicios de Salud, Opción Psicoterapia Psicoanalítica, por la Escuela de Graduados de la Facultad de Medicina de la Universidad de la República, en 2011. Ha desarrollado la función docente tanto en seminarios de profundización como en distintos cursos abiertos en AUDEPP. Se desempeña como psicoterapeuta psicoanalítico individual desde 1987 y es integrante del equipo técnico del Centro Nacional de Rehabilitación Psíquica Dr. Alberto Martínez Visca, desde 1989. Además, es escritor y coordina talleres de escritura desde 1998.

INTRODUCCIÓN

Ante el pedido de un comentario por escrito sobre algún texto de Jacques Lacan que pudiera ser de interés en el marco de una publicación sobre la formación de los terapeutas psicoanalíticos, tomaremos un primer abordaje sobre la transferencia, que realiza en 1951, titulado precisamente *Intervención sobre la transferencia* (Lacan, 1966/2003).

Sobra decir que hay muchos otros, posteriores y con distintos desarrollos y formalizaciones, porque el tema de la transferencia es de importancia primera para Lacan. Tanto es así, que lo encontramos, de un modo u otro, en la gran mayoría de sus seminarios y escritos. Aun más, es un tema que, a causa de cómo lo encara, separa a Lacan de otros analistas de su época. Como es imposible olvidar al leerlo, la suya es una época caracterizada por el énfasis dado a la contratransferencia del analista como guía ante la transferencia del paciente y —dirá Lacan— por la concepción del análisis como una relación dual, imaginaria. El autor debate con estas ideas y con estas prácticas y se esfuerza por formalizar —o ir formalizando— su propia concepción, que se apoya en la teoría freudiana. Esta está, a su juicio, abandonada y hasta traicionada, diluida en la psicología general por esos otros analistas o reducida a una práctica más bien especular, reeducativa, adaptativa, cuya meta es la identificación con el analista (con lo que se logra un «yo fuerte»). Retoma entonces a Sigmund Freud, aunque, de algún modo, también se separa de él.

Como señala el analista argentino Juan Manuel Martínez (2022) en su canal de YouTube, no es inusual encontrar la cita a cierta declaración de Lacan en *El seminario de Caracas*: «Sean ustedes lacanianos si

quieren. Yo soy freudiano» (Lacan, 1982/1987, p. 264). La cita —por lo general, aislada del contexto— parece implicar una adherencia teórica y justificar cierta noción, no inexistente, de que Lacan hace, a lo sumo, una reformulación (quizá un abarrocamiento) del aparato conceptual freudiano con agregados como la lingüística y el estructuralismo. Como si dijéramos: «Dice lo mismo, pero más complicado». Quizás —aunque, desde luego, no es el único motivo—, eso desestimula a leer a Lacan.

Sin embargo, lo que suele omitirse de la declaración citada es lo que viene de inmediato: «Por eso creo adecuado decirles algunas palabras acerca del debate que mantengo con Freud, y que no es de ayer. He aquí: mis tres no son los suyos. Mis tres son el *Real*, el *Simbólico* y el *Imaginario*» (Lacan, 1982/1987, p. 264). De todas formas, esas formulaciones no serán en las que nos detendremos principalmente en este artículo.

Aquí veremos a un Lacan más temprano, tal vez más cercano a Freud. Cabe decir que su debate no fue únicamente con aquellos analistas contemporáneos con quienes discrepaba. También —y es una tensa línea que puede seguirse a lo largo de sus trabajos— discute con Freud y varias veces lo reprueba.

El famoso retorno a Freud no fue, entonces, como el de quien desempolva unos viejos papeles; fue más bien un relanzamiento sobre otras bases. Como dijimos, la lingüística, el estructuralismo y ciertos avances en la etología —todos inexistentes en vida de Freud— ocuparon un lugar central en sus teorizaciones y puede considerarse que constituyeron uno de esos progresos científicos en el campo del psicoanálisis que Freud decía esperar del futuro. Nos toca ahora —practicantes de un presente que es un futuro todavía más lejano que aquel presente de Lacan— evaluar sus logros. Para eso es imprescindible leerlo, al menos.

Este artículo intentará despertar, si eso fuera posible, el interés de aquellos que aún no lo han intentado o que lo intentaron, pero a quienes les faltó paciencia ante la dificultad que a veces implica. Leer a Lacan es

leer los grandes rodeos que da Lacan, es tener alguna idea clara sobre las disciplinas a las que recurre Lacan y es, sobre todo, verse obligado a pensar y a interrogarse una y otra vez. Eso quizás no es muy compatible con estos tiempos, en que la sociedad parece creer que todo se puede explicar más o menos fácilmente, o que, si hay voluntad, las cosas se transmiten en pocas palabras, en un esquema, en un curso breve o en ciento cuarenta caracteres. Esperemos que los tiempos no nos engullan.

Por último, cabe agregar que, por dificultoso que resulte en ocasiones el discurso de Lacan (sumado al inconveniente de algunas malas traducciones del francés), siempre se le percibe un afán de argumentar, de fundamentar, de contrastar con lo empírico, de concitar a la interrogación y de formalizar todo lo que puede. Y puede bastante; no todo.

DISCUSIÓN

Decíamos que Lacan discutía con Freud. Podemos verlo ya en este texto, *Intervención sobre la transferencia* (Lacan, 1966/2003), en el que relee críticamente el caso Dora. Seguramente es un caso conocido, pero de todos modos no estará mal refrescarlo un poco. Lo vuelve a traer porque es el primer caso en el que Freud reconoce el papel de la transferencia en un análisis, en particular, como un obstáculo (Freud, 1905/1987).

Lacan pivotará durante todo el escrito sobre dos ideas principales para retomar los distintos momentos del caso: las inversiones dialécticas y los desarrollos de la verdad. Lo hace porque el mismo Freud expone el caso de este modo, aunque nunca lo formulara en esos términos concretos. Y, aun más, porque la forma misma de esa exposición se encuentra en paralelo a la manera en que ocurre en realidad el proceso del análisis.

Trataremos de entender —porque no es tan obvio— qué busca establecer con esas dos ideas en estrecha relación. En primer lugar, ambas, las inversiones dialécticas y los desarrollos de la verdad, se desprenden de la concepción de la dialéctica del filósofo Hegel. Esto es, básicamente, una tesis en oposición a una antítesis, que lleva a una síntesis, novedosa y superior. Sin embargo, al leer correctamente el texto de Lacan surge una pregunta. Porque más que hablar de una oposición, tal como podemos apreciar a lo largo del texto —y como señala Javier Del Ponte (2016)—, habría que pensar en una *interrogación*.

La intervención analítica se plantea, entonces, como una interrogación que cuestiona al sujeto implicado en lo que está diciendo (casi se podría decir: en lo que está afirmando). Ese cuestionamiento genera el desarrollo de una nueva verdad. Por lo tanto, el analista, por medio de su intervención, interroga la posición del sujeto respecto a su verdad: en qué y cómo está imbricado en ella, y esa es la inversión dialéctica que hará emerger otra cadena de significantes. Quizás, resultará más claro cuando veamos cómo relee las vicisitudes particulares del caso Dora, no sin antes decir que habría otras acepciones, de uso común, de la palabra *dialéctica*: la de diálogo o arte del diálogo. Aunque no son específicas al texto, por más que refiramos a Hegel, creemos que no están totalmente descartadas.

Antes de entrar en el caso, Lacan dice que el sujeto se constituye por un discurso en el que la presencia del psicoanalista está aportando, antes de cualquier intervención, la dimensión del diálogo. Claramente, no se trata de cualquier tipo de diálogo, sino de uno que irá permitiendo —por medio de la regla fundamental y del trabajo con ese discurso que ha de seguirse según leyes que tienen su propia gravitación— la emergencia de una verdad. Tener en cuenta esas leyes propias conformaría el arte del diálogo analítico: la manera eficaz de intervención del analista y el respeto a la regla fundamental por el paciente.

«En una palabra, el psicoanálisis es una experiencia dialéctica, y esta noción debe prevalecer cuando se plantea la cuestión de la naturaleza de la transferencia» (Lacan, 1966/2003, p. 205). Debe prevalecer porque en el análisis se trata de una relación de sujeto a sujeto. Sujeto, en Lacan, no debe entenderse como ‘persona’ o ‘individuo’, sino como sujeto del inconsciente, diferente al Yo. El Yo es imaginario, un conjunto de identificaciones ilusorias, mientras que el sujeto está en el orden simbólico, y el psicoanalista trabaja en este último. Porque lo simbólico es una dimensión lingüística, sin la cual serían imposibles la ley y la estructura, que conlleva entonces lo triádico, aquello que crea a la cultura. En esta concepción se trata, entonces, de dos sujetos (del inconsciente, del orden simbólico) y ya está instalado —si es reconocido debidamente— el tres en lo simbólico.¹

Siguiendo esta línea, en absoluto corresponde entender en el marco psicoanalítico a la dialéctica como una mera comunicación entre dos personas, o como un mero juego de identificaciones entre dos personas. Digamos de paso que dialéctica es una expresión que no se había aplicado antes al campo del psicoanálisis.

RELECTURA DEL CASO

Vayamos, sin otro preámbulo, a un resumen del caso; mejor dicho: a la relectura propuesta por Lacan del caso Dora (Freud, 1905/1987).

Aparece un *primer desarrollo de la verdad*: el padre de Dora y la señora K son amantes desde hace años y, aunque lo disimulan de diversas maneras, la consecuencia es que Dora queda entregada como ofrenda

1 Quien quiera hacerlo puede leer un buen resumen sobre lo simbólico y su vasto desarrollo conceptual en distintos momentos del pensamiento de Lacan en el *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano* (Evans, 1998). De ahí tomamos algunas de las definiciones anteriores.

al marido de la señora K, ante cuyos acosos el padre la deja indefensa, lo cual la convierte en objeto de una gran farsa.

Frente a esto, aparece la *primera inversión dialéctica* propuesta por Freud: ¿cuál es tu parte en el desorden del que te quejas? En otras palabras, ¿cómo estás implicada en esto?

A partir de ahí, un *segundo desarrollo de la verdad*: Dora está implicada desde hace tiempo como sostén de estas relaciones clandestinas. Pues no solo ha callado, sino que ha sido cómplice en los disimulos con los que se intentan ocultar. Se hace clara la parte que le toca a Dora en las aproximaciones del señor K y también en relación a las otras figuras involucradas en el juego: a través de la curiosa circulación de regalos valiosos. Retornan a Dora los regalos que el padre da a la señora K, por vía del señor K, además de los regalos que el padre da directamente a ella y a su madre. Estos regalos vienen a sustituir la impotencia sexual del padre.

Al mismo tiempo, la relación edípica se revela constituida en Dora por una identificación al padre, que ha favorecido la impotencia sexual de este, experimentada además por Dora como idéntica a la prevalencia de su posición de fortuna: esto traicionado por la alusión inconsciente que le permite la semántica de la palabra fortuna en alemán: Vermögen. Esta identificación se transparenta en efecto en todos los síntomas presentados por Dora, y su descubrimiento inicia el levantamiento de muchos de estos. (Lacan, 1966/2003, p. 208)

Entonces, ¿por qué aparecen ahora unos súbitos e intensos celos en Dora hacia la relación amorosa del padre?

Segunda inversión dialéctica: Freud cuestiona que pueda estar celosa de la señora K —quien es, por lo demás, su confidente—, cuando Dora ha sido partícipe activa en la trama de las relaciones mantenidas.

Y *tercer desarrollo de la verdad*: la fascinación de Dora por la señora K —«su cuerpo deliciosamente blanco» (Freud, 1905/1987, p. 55), las confidencias que recibe de esta, sus intercambios respecto a las prácticas sexuales «como mutuas embajadoras de sus deseos respectivos ante el padre de Dora» (Lacan, 1966/2003, p. 209).

Todo ello lleva a Freud (1905/1987) a preguntar: ¿cómo no le guarda rencor, entonces, a la señora K?, ¿por qué le guarda, en cambio, tanta lealtad, si de ella partieron las versiones sobre su intriga y perversidad (las de Dora) que provocaron que ahora todos las compartan y que todos la acusen?

Y la *tercera inversión dialéctica*: ¿qué es para Dora la señora K?

Es decir, no un individuo, sino un misterio, el misterio de su propia femineidad, queremos decir de su femineidad corporal, tal como aparece sin velos en el segundo de los dos sueños cuyo estudio forma parte de la segunda parte de la exposición del caso Dora, sueños a lo que rogamos remitirse para ver hasta qué punto su interpretación se simplifica con nuestro comentario. (Lacan, 1966/2003, p. 209)

¿Por qué esta pregunta por la femineidad en Dora?

Igual que para toda mujer, y por razones que están en el fundamento mismo de los intercambios sociales más elementales (aquellos mismos que Dora formula en las quejas de su rebeldía), el problema de su condición es en el fondo aceptarse como objeto de deseo del hombre, y es este para Dora el misterio que motiva su idolatría hacia la señora K, así como su larga meditación ante la Madonna y su recurso al adorador lejano la empuja hacia la solución que el cristianismo ha dado a este callejón sin salida subjetivo, haciendo de la mujer objeto de un deseo

divino o un objeto trascendente del deseo, lo que viene a ser lo mismo.
(Lacan, 1966/2003, p. 211)

En el seminario *La transferencia*, Lacan (1978/1988) dirá que Dora desea a través del señor K, pero a quien ama no es a él, sino a la señora K: «Se orienta hacia quien ama a través de quien desea» (Lacan, 1978/1988, p. 407). La señora K, por ende, es el Otro (con mayúscula) para Dora, donde busca una respuesta a su pregunta por la femineidad.

Objeta Lacan, como antes se objetó Freud a sí mismo, que no hubiera logrado una nueva inversión dialéctica: una que llevase a Dora a enfrentar qué era para ella la señora K. Así, sostiene, hubiera obtenido el reconocimiento del objeto viril y se hubiera puesto en una mejor posición en el sentido de la transferencia positiva. Su falla, puede pensarse, provocó la interrupción del tratamiento. El propio Freud atribuyó ese desenlace a su demora en formular una interpretación; no le alcanzó el tiempo. En una nota a pie de página, agregada en 1923 (recordemos que el caso se publicó en 1905), lo atribuye a que no había podido concebir suficientemente una ligazón homosexual de Dora hacia la señora K.

A medida que me voy alejando en el tiempo de la terminación de este análisis, tanto más probable me parece que mi error técnico consistiera en la siguiente omisión: No atiné a colegir en el momento oportuno, y comunicárselo a la enferma, que la moción de amor homosexual (ginecófila) hacia la señora K. era la más fuerte de las corrientes inconscientes de su vida anímica. Habría debido conjeturar que ninguna otra persona que la señora K. podía ser la fuente principal del conocimiento que Dora tenía de cosas sexuales: la misma persona que la acusó por el interés que mostraba hacia tales asuntos. Era bien llamativo que supiera todas esas cosas chocantes, y nunca quisiera saber de dónde las sabía. Habría debido tratar de resolver ese enigma y buscar el motivo de esa

extraña represión. El segundo sueño me lo podría haber traslucido. La implacable manía de venganza que este sueño expresaba era más que ninguna otra cosa para ocultar la corriente opuesta: la nobleza con que ella perdonó la traición de la amiga amada y ocultó a todos que fue ella justamente quien le hizo las revelaciones sobre cuyo conocimiento la calumnió después. Antes de llegar a individualizar la importancia de la corriente homosexual en los psiconeuróticos me quedé muchas veces atascado, o caí en total confusión, en el tratamiento de cientos de casos. (Freud, 1905/1987, pp. 104-105)

Admitía e incluía en la teoría la tendencia homosexual —al punto de considerarla fundamental en la histeria—, y sin embargo...

Aquí Lacan sitúa la contratransferencia de Freud. Y ya es tiempo de decirlo: para Lacan la contratransferencia es —antes que otra cosa— la suma de los prejuicios, las pasiones, las perplejidades, incluso de la insuficiente información del analista en determinado momento del proceso dialéctico. El prejuicio ante la vertiente homosexual sería el mismo que llevó a Freud a sus primeras formulaciones del complejo de Edipo con una prevalencia paterna natural y no normativa. Como si ese fuera un dato de la realidad y no una función. Y como si otro dato de la realidad fuera que los niños desean a las madres y las niñas a los padres, y nada más. Estaba, sin duda, atravesado por su época. Y en esta línea se sigue que Freud, aunque tuvo la claridad de no ubicarse ante Dora en el lugar paterno, no pudo tanto respecto a ubicarse en el del señor K. Cabe preguntarse si había ahí una pasión que no le permitió ver...

Por ende, Freud creyó demasiado en el amor que Dora podría sentir por el señor K. Eso no parece coincidir, dice Lacan (1978/1988), con lo que sucede en la escena del lago, cuando el señor K confiesa a Dora que su mujer no es nada para él y recibe a cambio un buen cachetazo, que

puede interpretarse como una respuesta de Dora: «Si ella no es nada para usted, ¿qué es pues usted para mí?». «Nada» podría contestarse.

Lacan considera que la fantasía latente de embarazo que surge luego de esa escena no objeta su interpretación, porque aparece en las históricas precisamente por su identificación viril.

En suma, Freud cae como antes había caído el señor K: abofeteado. Dora interrumpe de manera brusca el tratamiento. Quiso llevar a Dora por el buen camino y, en parte, ahí su fracaso.

Cuidado con el bien. No es lo mismo querer que el paciente vaya logrando sentirse mejor al resolver sus conflictos, que imponerle —sin darse cuenta— lo que nos parece que es bueno. En este caso, Freud parecía persuadido de que lo bueno era que Dora, una mujer, amara al señor K, un hombre. Pero, como vimos, el ser mujer era justamente la cuestión de Dora.

Lo interesante, más allá de las consideraciones de Lacan en torno al caso —que están abiertas a debate y podrían entenderse de otra manera— es la consideración final en torno a la relación entre contratransferencia y transferencia. ¿Surge la transferencia en relación a la contratransferencia (prejuicios, pasiones, perplejidades, falta de información del analista)?, ¿se transfiere hacia el lugar en el que el analista se ubica? Lacan (1978/1988) dirá que la transferencia no es nada real en el sujeto; es, ante un estancamiento en el proceso dialéctico, la aparición de los modos permanentes según los cuales el sujeto constituye sus objetos. ¿Cómo interpretar la transferencia, entonces, ante esta vicisitud?: llevando con un engaño ese vacío que es el estancamiento del proceso dialéctico. Porque tendría su utilidad.

Es decir, si Freud —equivocado— hubiera interpretado que Dora le atribuía las mismas intenciones del señor K, esa equivocación podría haber llevado, tal vez, a que ella se rebelara y encontrara ahí, en cambio, una dirección hacia un reconocimiento de su interés por la señora K. Freud,

por su parte, ante este nuevo desarrollo de una verdad, hubiera evitado, quizás, sus insistencias acerca de la validez de las intenciones matrimoniales del señor K respecto a Dora, pues él mismo, ante esa nueva verdad, se habría orientado. De algún modo, ese error sería otro tipo de error, más cercano al acierto, menos desencaminado. Porque habría sacado un poco a Freud de la posición del señor K, se la hubiera trasladado a Dora: «Usted me pone ahí». Y ante esta nueva instancia dialéctica, la transferencia cambiaría, posiblemente, de rumbo.

El texto de Lacan finaliza con su creencia en que la transferencia siempre tiene el sentido de señalar los momentos de error y de acierto del analista. Es una respuesta del lado del paciente que va cambiando según las interrogaciones del analista y que nunca debe reducirse a un asunto de afectos, positivos o negativos. Los afectos aparecen, llaman la atención del analista, sorprenden incluso, pero de lo que se trata es de ubicar a partir del discurso del paciente la posición particular en la que está el sujeto en un momento dado. Así, la transferencia nos llama al orden: hacia un no actuar positivo para posibilitar la puesta en escena de la subjetividad del paciente.

Como sea, cabe consignar —como no deja de hacerlo Lacan— que Dora regresa a consultar a Freud quince meses después. Para Freud no es claro qué la motiva; cree que ella misma no toma en serio su pedido.

Demandaba mi ayuda por una neuralgia facial, del lado derecho, que ahora la acosaba día y noche. «¿Desde cuándo?», le pregunté. «Desde hace justamente catorce días». No pude menos que reír, pues me fue posible demostrarle que justamente catorce días antes había leído en los diarios una noticia referida a mí, cosa que ella confirmó (esto sucedió en 1902).

La pretendida neuralgia facial respondía entonces a un autocastigo, al arrepentimiento por el bofetón que propinó aquella vez al señor K. y por la transferencia vengativa que hizo después sobre mí. (Freud, 1905/1987, p. 106)

En un pie de página, Freud destaca que el plazo de catorce días ya había aparecido en el segundo sueño y que tenía relación con la venganza. De este modo, Freud acepta que él también recibió un bofetón, que fue por lo tanto ubicado en el lugar del señor K. Y, si bien Dora continuaba con síntomas —como esta neuralgia *pretendida*—, su entrevista fue, de todas maneras, la ocasión para que Freud se enterara de qué había sucedido tras la interrupción del tratamiento.

Tiempo después de abandonar a Freud, ella se sentía mejor. Visitó al matrimonio K a causa de la muerte de uno de sus hijos. La recibieron civilizadamente, como si nunca hubiera habido dificultades entre los tres. Sin embargo, Dora por fin le dijo a la señora K que sabía de su relación con su padre y logró que el señor K confesara la escena junto al lago, antes negada por él. Luego, Dora se lo informó al padre y cortó vínculos con los K. Por cierto, Dora sigue con sus venganzas, y no es falso en un sentido. Sin embargo, tampoco es falso que, de cierta manera, así logró salir de los enredos vinculares. De estos, al menos. Quizás otros la esperaban. No se sabe.

FINALIZACIÓN

El análisis de Dora no fue llevado a su finalización lógica, pero ¿se puede pensar que ella obtuvo de todos modos algún beneficio, más allá del error de Freud?

Por nuestra parte, finalizamos con la pequeña esperanza de que este artículo haya resultado, a pesar de ser en parte un resumen al que se le sumaron algunas reflexiones, un estímulo para seguir interrogando la práctica.

§

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- EVANS, D. (1998). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Paidós.
- DEL PONTE, J. (2016). «Intervenciones en la transferencia» - Jacques Lacan. <https://javierdelponte.wordpress.com/2016/09/26-intervenciones-en-la-transferencia-de-jacques-lacan/>
- FREUD, S. (1987). Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora). En *Obras completas* (vol. VII, pp. 7-107). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905.)
- LACAN, J. (1987). El seminario de Caracas. En J. A. Miller, *Escisión-excomuni3n-disoluci3n* (pp. 264-267). Manantial. (Trabajo original publicado en 1982.)
- LACAN, J. (1988). La transferencia. En *El seminario de Jacques Lacan* (vol. 8, s. p.). Paid3s. (Trabajo original publicado en 1978.)
- LACAN, J. (2003). Intervenci3n sobre la transferencia. En *Escritos* (vol. 1, pp. 204-215). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1966.)
- MARTÍNEZ, J. M. (2022). *Una propuesta clara en psicoanálisis* [video]. YouTube. https://www.youtube.com/channel/UCcASVnfWak4eyXisu9_j1NA